



VIII

AL terminar la semana, Gonzalo, que desde su visita á Santa María de Craquéde se remordía de su pereza, recibió por la mañana, al salir del baño, una carta de Castañeiro. Era corta, y declaraba al amigo Gonzalo que si á mediados de Octubre no llegaban á Lisboa tres capítulos del original, él, á pesar suyo y del arte, publicaría en el primer número de los *Anales*, en vez de *La torre de Don Ramires*, un drama de Nuño Carreira, en un acto, intitulado *En casa del Temerario*. . . «A pesar de que el drama es de fantasía — añadía —, conviene á la índole erudita de los *Anales*, porque este *Temerario* es Carlos el Temerario, y la acción pasa toda en el castillo de Peronne, donde se encuentran nada menos que Luis XI, nuestro pobre Alfonso V, Pedro de Covillan, que lo acompañaba, y otros figuronos de relieve histórico. Está claro que el *chic* supremo sería *Tructesindo Mendes Ramires*, contado

por nuestro Gonzalo Mendes Ramires. Mas, por lo que veo, ese *chic* supremo está subordinado á una indolencia suprema. *Sunt Lacrimae Revisitarum.*»

Gonzalo, después de haber leído la carta, llamó á Benito:

— Lleva á la biblioteca té muy cargado. Hoy no almuerzo hasta las dos. . . Tal vez ni siquiera almuerce.

Y poniéndose el ropón del trabajo, decidió amarrarse á la butaca como cautivo al remo hasta rematar ese difícil capítulo III, donde resaltaba el bárbaro y sublime rasgo del abuelo Tructesindo. No, ¡qué diablo!; no le convenía perder en tan provechoso momento, vísperas de su llegada á Lisboa, lo mismo para la influencia política que para el prestigio social, ese brillo que, según el viejo Vigny, «añade una pluma de acero al dorado yelmo de un hidalgo». Felizmente, en esa luminosa mañana, en que las aguas de la huerta cantaban, sentía él correr la vena. Después de la visita á Craquéde, su imaginación concebía menos nebulosamente á sus abuelos alfonsinos, y como que los palpaba en su vivir y en su pensar desde que contempló los grandes túmulos donde se deshacían sus grandes osamentas.

Después de sacudir el polvo á las cuartillas, comenzó por aquel lance en que el viejo Ordoño reconocía el pendón del Bastardo surgiendo á lo largo de la ribera del Coice entre el brillar de las

lanzas, pasando el antiguo puente de madera, sumiéndose un momento en la verdura de los álamos y avanzando de nuevo tendido al viento.

En tanto, Tructesindo Ramires aprestaba su mesnada para marchar sobre Monte-Mayor y daba ya al Adalid la orden de arrancar, mandando que las bocinas sonasen apenas el sol saliese. Ahora, en la sala alta de la Alcazaba conversaba con su primo de Riba-Cavado, el constante compañero de armas don García Viegas, sentados en un poyal de piedra. Don García Viegas era un viejo flaco y ágil, con la cara rapada y ojos menudos muy brillantes, que mereció el sobrenombre de *Sabedor* por la viveza y suculencia de su decir, por sus infinitas mañas de guerra y porque hablaba latín más doctamente que un clérigo. Convocado por Tructesindo, como los otros parientes solarengos, para engrosar la mesnada de los Ramires al servicio de las infantas, corrió á Santa Ireneia fielmente con su misérrimo poder de cien lanzas, comenzando por saquear en el camino la heredad de Paja-Cana y la de los Severosa, que peleaban en la hueste real contra las señoras oprimidas.

— ¡Señor Tructesindo, señor Tructesindo Ramires! — entró gritando el viejo Ordoño —. ¡El Bastardo de Bayao pasó por la ribera y viene sobre nosotros con bastantes lanzas!

— ¡Por la sangre de Cristo — respondió el viejo ricohombre —; que venga en buenhora,

pues nos ahorra camino! ¡García Viegas, á caballo y sobre él!

Un caudillo de los ballesteros gritó desde los umbrales de la sala de armas:

— ¡Señor, señor, la gente de Bayao se ha detenido, y un caballero mozo, con un ramo verde que trae mensaje, está delante de las barbacanas!

Tructesindo indignóse con tal embajada, traída por tal villano. Pero García Viegas, que de un sorbo agotó el búcaro, recordó serena y lealmente los preceptos:

— Tente, tente, primo y amigo, que por uso de aquende y allende las sierras, siempre mensajero con ramo debe escucharse.

— Sea, pues — gritó Tructesindo —. Idos fuera, Ordoño, y tomad el recado.

Bajó Ordoño por la renegrida escalera de caracol hasta el patio de la Alcazaba. Dos de lanzas al hombro, recogiendo de alguna centinela, conversaban con el armero, que repintaba de amarillo y rojo los cabos de las lanzas nuevas, alineándolas contra el muro para que se secasen.

— Por orden del señor — gritó Ordoño —, conmigo á las barbacanas á recibir mensaje.

Por el postigo de la barbacana salió al terrero de la Honra, gran extensión de tierra sin hierba ni árbol, donde se levantaban todavía los pilares de una antigua fortaleza, desde donde gritó al mozo caballero, que esperaba bajo un duro sol,

sacudiéndose los moscardones con una rama de almendro:

— Decid de qué gente sois, á qué venís y qué credencial traéis.

— Caballero del Solar de Bayao; credencial no traigo, que no traigo embajada. . . Mas el señor don Lopo desea que el noble señor Tructesindo Ramires le escuche.

Saludó Ordoño, recogiendo por la poterna abovedada de la torre albarrana. En el patio encontró á Tructesindo Ramires, que, en la impaciencia de aquellas demoras del Bastardo, bajaba todo armado. Sobre el cumplido brial de lana verdinegra que recubría la vestidura de malla, sus barbas rebrillaban más blancas, atadas en un grueso nudo como la cola de un corcel. Del cinturón, incrustado de plata, pendía á un lado el puñal recurvo y la bocina de marfil, y al otro una espada goda, de hoja larga, con alto puño dorado, donde brillaba una piedra rara, traída en otro tiempo de Palestina por Gutierres Ramires el de *Ultramar*. Un balletero conducía sobre una almohada de cuero sus guantes y su casco redondo, de visera en forma de barboquejo, como lo usara el rey Don Sancho; otro cargaba con el inmenso broquel, de forma de corazón, con el azor negro rudamente pintado.

Con Tructesindo bajaron don García Viegas y otros parientes del Solar; el decrepito Ramiro Ramires, un veterano de la toma de Santarem,

torcido por los reumatismos como la raíz de un roble y sosteniendo sus pasos trémulos, no sobre un bastón, sino sobre un chuzo; el hermoso Leonel, el más joven de los Zamoras de Cendufe, el que mató á dos bandidos en los brezos de Cachamuz; Mendo de Briteiros, el de las barbas rojas, gran quemador de brujas y amigo de holgarse y de bailar; el agigantado señor de los Pazos de Avellin, todo cubierto de escamas, como un pez fabuloso.

Ya los jinetes caracoleaban con sus caballos de guerra, con sus altas sillas clayeteadas de plata y las ancas y los pechos resguardados por coberturas de cuero. Los siervos de las huertas espían con ansiedad al señor de Santa Ireneia, temblando ante el asalto de los de Bayao y ante esas horrendas bolas de hierro llenas de fuego que ahora las mesnadas cristianas arrojaban tan diestramente como las hordas sarracenas. En tanto, con su gorra aplastada sobre el pecho, Ordoño daba á Tructesindo el recado del Bastardo.

— Es caballero mozo y no trae credencial. El señor Bastado desea que le oigáis.

— Que se acerque, pues — gritó el viejo —, y con cuantos quiera de los villanos que le siguen.

— Tente, primo y amigo, tente — arguyó el *Sabedor* —. No vayas antes de asegurarte si Bayao viene con artera falsía.

Y entregando su pesada lanza de haya á un

doncel, tomó por la escalera solemne de la torre albarrana.

A lo lejos, sobre una loma, y entre una selva movediza de lanzas que refulgían, Lopo de Bayao, con la visera levantada y ociosas las manos sobre el arzón de la silla morisca, donde se enrollaban las bridas de cuero escarlata, se paseaba solitario. Después, á un toque lento de bocina, avanzó hacia las barbacas de la Honra.

No se movía su pendón amarillo y negro. Seis infanzones lo escoltaban, también sin lanza ni broquel, con sobrecapas de paño rojo sobre los sayos de malla. Detrás, cuatro ballesteros llevaban á hombros unas andas toscamente armadas con troncos de árboles, donde un hombre yacía como muerto, cubierto contra el calor y los moscardones por leves hojas de acacia. Un monje seguía en una mula blanca, asegurando con las riendas un crucifijo de hierro.

El *Sabedor* adivinó bajo el follaje la faz de Lorenzo Ramires, su dulce ahijado, y cerrando los puños y gritando: «¡Ballesteros, prestos!, ¡ballesteros, prestos!», bajó la obscura escalera henchido de cólera.

— Señor primo — gritó —, vuestro hijo está delante de la Honra sobre unas andas.

Cuando el enorme viejo surgió en el campo, se hizo un silencio tan grande que se sentía el chirriar triste y lento de la noria y el ladrar de los mastines.

En el terrero esperaba el Bastado, inmóvil, con la hermosa faz levantada, la faz de claro sol, donde las barbas anilladas, cayendo sobre el arnés, rebrillaban como oro nuevo. Quitóse el casco y saludó á Tructesindo con gravedad y pleitesía. Después alzó la mano sin guante, y en un considerado y sereno hablar, le dijo:

— Señor Tructesindo Ramires, en estas andas os traigo á vuestro hijo Lorenzo, á quien en lid leal cogí prisionero, y me pertenece por el fuero de los ricoshombres de España. Y con él vengo para pedir os que entre nosotros terminen estas luchas en que se vierte sangre de buenos cristianos. Señor Tructesindo Ramires, como vos, vengo de reyes. De Don Alfonso de Portugal recibí el espaldarazo de caballero. Toda la noble raza de Bayao se honra en mí. Consentid en darme la mano de vuestra hija doña Violante, que me quiere y á quien yo quiero, y mandad levantar la levadiza para que Lorenzo entre en su solar y os bese la mano de padre.

De las andas, que se estremecieron sobre los hombros de los ballesteros, partió un desesperado grito:

— No, padre mío.

Hierático, sin descruzar los brazos, el viejo Tructesindo gritó:

— Mi hijo te contesta antes que yo, villano. Como si una lanza le tropezase el pecho, el

Bastardo se movió en la alta silla, y levantado sobre los estribos, gritó con furor:

— Señor Tructesindo Ramires, no me tentéis.

— Calla, villano é hijo de villano — clamó serenamente el viejo, rígido, inmóvil.

El Bastardo, arrojando el guante contra el muro de la barbacana, rugió llameante y ronco:

— Pues por la sangre de Cristo y por el alma de todos los míos, te juro que si no me das en este instante esa mujer á quien yo quiero y que me quiere, sin hijo quedas, pues por mis manos, delante de tí, y aunque todo el cielo acuda, termino con lo que le queda de vida.

Ya en la mano le brillaba el puñal. Pero en un ímpetu de sublime orgullo, en un ímpetu sobrehumano, Tructesindo desenvainó la espada:

— Con ésta, cobarde, con ésta, para que sea puro, y no vil como el tuyo, el hierro que atraviese el corazón de mi hijo.

Furiosamente, con las dos poderosas manos, arrojó la espada, que silbando fué á clavarse en el duro suelo, donde temblaba, como si una cólera heroica la animase. Inclinado, desde el arzón el Bastardo enterró el puñal en la garganta de Lorenzo con tan fuerte golpe, que la sangre le salpicó á las barbas de oro.

Una formidable gritería atronó las murallas de Santa Ireneia. Flechas y balas cayeron furiosamente sobre el Bastardo, que huyó desesperado. Caballeros y donceles de armas se empujaban

desesperadamente para recoger el cuerpo de Lorenzo Ramires. García Viegas y otros parientes subieron adonde Tructesindo, rígido y mudo, permanecía mirando á su hijo. Al rumor se volvió y todos enmudecieron ante la serenidad de su faz, más blanca que las barbas blancas, de una muerta blanca de lápida, con los ojos del color de bronce refulgiendo como dos agujeros de un horno.

Dejando á todos enmudecidos de asombro y de emoción, bajó por la gastada escalera de madera, que se quejaba bajo el peso del enorme ricohombre, cargado de ira y de dolor.

En ese momento entraban con el cuerpo de Lorenzo Ramires Leonel y Mendo de Briteiros, ahogados en lágrimas y roncando amenazas furiosas contra la raza de Bayao.

El caballero de Briteiros, temiendo por aquella alma desamparada y sin confesión, buscaba á fray Muncio. Otros buscaban con desesperados acentos al físico. Mas el certero puñal del Bastardo había acabado con el denodado Lorenzo, flor de caballeros.

Bajaba Tructesindo lento y rígido, y las secas brasas de sus ojos más se incendiaban mientras más se acercaba al cuerpo de su hijo. Delante de él arrodillóse, y agarrándole la mano, habló de alma á alma en un ahogado murmurio que no era de despedida, sino de suprema promesa, y que terminó en un beso sobre la cabeza, donde

brillaba un rayo de sol, filtrado por entre las hojas de un avellano.

Después, recogiendo en sus palabras toda la fuerza de su raza, dijo:

— Ahora, señores, ¡á caballo y á la venganza!

Corrió por toda la Honra un precipitado fragor de armas. Bajaban de los adarves de los muros los ballesteros, los arqueros y los fundibularios. Los caballeros de carga amarraban sobre el dorso de las mulas las provisiones. A la puerta de la cocina, antes de marchar, bebíanse de prisa cuencos de cerveza, y en el campo, los caballeros, chapeados de hierro, se acomodaban, con ayuda de sus donceles, en las altas sillas de los caballos y probaban la lanza asustando á los lebreles.

Al fin el alférez sacó de la funda el pendón, ondeándolo en un ondear en que las alas del azor negrearon abiertas, como soltando el vuelo enfurecido.

Fray Muncio extendía las manos, todavía trémulas, bendiciendo á la hueste. Tructesindo, extendiendo la reluciente hoja de aquella espada hacia las torres de la Honra como hacia un altar, gritó:

— ¡Muros de Santa Ireneia, no os torne á ver si en tres días, de sol á sol, queda sangre maldita en las venas del traidor de Bayao!

Y abandonando el solar, la cabalgata marchó en torno al pendón, mientras en la torre de la

Almenara, bajo el caluroso esplendor de la siesta de Agosto, la campana grande comenzaba á tocar á muerto.

Cuando Gonzalo releyó por la tarde este capítulo de sangre y de furor, en el que había trabajado durante la semana, pensó «que el lance impresionaría».

Sintió entonces la necesidad de leerles á Graciña y al Padre Sueiro los tres capítulos completos antes de remitir el manuscrito, y hasta le convenía, porque la erudición arqueológica del Padre Sueiro le proporcionaría tal vez algún rasgo nuevo que avivase más aquella resurrección de la Honra de Santa Ireneia y de los formidables señores. Inmediatamente resolvió partir para Oliveira con sus capítulos, que, después de leídos al Padre Sueiro, confiaría al administrador de doña Arminda Viegas para que lo copiase en aquella su hermosa letra, tan celebrada en toda la provincia, y apenas igualada (en las mayúsculas) por la del escribano de la Cámara eclesiástica.

Estaba sacudiendo el polvo á su antigua carpeta de marroquín, donde quería colocar la obra amasada, cuando Benito empujó la puerta, trayendo en la mano una cesta de mimbre, que un pañuelo de encajes cubría.

— Un presente.

— ¿Un presente? ¿De quién?

— De la *Feitosa*, de las señoras. Trae una carta.

¡Con qué curiosidad despedazó Gonzalo el sobre! Mas á pesar de venir lacrado con un pomposo sello de armas, era tan sólo una tarjeta de la prima María Mendoza: «Hoy, al comer, conté cuánto gusta el primo Gonzalo de los higos, y Anita se toma la libertad de mandarle este cestito de los de la *Feitosa*, que, como sabe, son nombrados en todo Portugal. Mil recuerdos.» Gonzalo creía que en el fondo de la cesta, debajo de los higos, dulcemente escondida, habría una carta de doña Ana.

— Bien. . . Déjala ahí en una butaca.

— Era mejor que la llevase arriba.

— Déjala en la butaca.

Apenas Benito cerró la puerta, extendió Gonzalo el pañuelo, echando encima cuidadosamente los hermosos higos. En el fondo de la cesta encontró tan sólo hojas de parra. Levemente desconsolado, olió un higo. Después pensó que los higos arrancados por ella, con hojas de parra que ella cogiera, bajo un pañuelo que ella sacara del armario, formaban en su mutismo oloroso un recuerdo sentimental. Tomó otro higo y colocó los demás en la cesta para llevárselos á Graciña.

Al día siguiente, cuando iba á salir para Oliveira, recibió la inesperada visita del señor vizconde de Río Manso. Quitándose los guantes, el

hidalgo pensaba: «¡Río Manso! ¿Qué me querrá ese barbarote?»

El vizconde le dijo que de vuelta de Villa-Clara, y delante del portón de la Torre, había vencido su acostumbrada reserva para presentar sus respetos al señor Gonzalo Ramires; y no sólo por ese agradable deber, sino también por suponer que se presentaba diputado por el distrito, y venía á ofrecerle en la feligresía de Canta-Piedra su prestigio y sus votos.

Gonzalo, risueño y pasmado, torcía embarazosamente el bigote. El vizconde de Río Manso no extrañábase de aquel pasmo, porque de cierto el señor Gonzalo Ramires lo había conocido siempre como constante Regenerador. Ahora bien; él pertenecía á la generación, tan rara hoy, que anteponía á los deberes de la política los deberes de la gratitud; y además de la simpatía que le inspiraba el señor Gonzalo Ramires — por lo que se decía en todo el distrito de su talento, de su afabilidad y de su caridad —, también conservaba para con su excelencia una deuda de gratitud aún abierta, no por indiferencia, sino por timidez. . .

— ¿No recuerda, señor Gonzalo Ramires?

— No, realmente, señor vizconde; no me. . .

Pues una tarde el señor Gonzalo Ramires pasaba á caballo por la quinta de *Varandiña*, cuando á su nieta, que estaba jugando en la terraza, se le cayó una pelota á la carretera. El señor Gon-

zalo Mendes Ramires apeóse inmediatamente, cogió la pelota, y para restituírsela á la muchacha llegó la yegua al muro después de montar; ¡y con qué ligereza y garbo!

— ¿No recordaba?

— Sí, sí, ahora. . .

Pues en la terraza había un jarro lleno de claveles. El señor Gonzalo Mendes Ramires, después de acariciar á la niña, pidióle un clavel, que ella escogió y le ofreció seria como una señora; y él, que observaba esto desde la ventana de su cuarto, pensaba: «Este hidalgo de la Torre, ¡qué amable es!» La gentileza fué grande, pero al abuelo parecióle inmensa. Mas no quedó solamente en la pelota recogida:

— ¿El señor Gonzalo Ramires no recuerda?

— Sí, señor vizconde, con efecto, ahora. . .

Pues otro día, el señor Gonzalo Mendes Ramires mandó de la Torre un precioso cesto de rosas con una tarjeta que decía: «En agradecimiento de un clavel, rosas á la señorita Rosa.»

Gonzalo exclamó divertido:

— Sí, sí, señor vizconde; ahora recuerdo bien.

Pues desde esa tarde él siempre buscó una oportunidad para mostrar al señor Gonzalo Mendes Ramires su reconocimiento y su simpatía. Pero era muy tímido y vivía muy retirado. En esa mañana, no obstante, en Villa-Clara supo por Gouveia que su excelencia se presentaba diputado por el distrito. A pesar de ser elección tan

segura, ya por la influencia del señor Ramires, ya por la influencia del Gobierno, pensó en seguida: «Bien; esta es la ocasión»; y venía á ofrecerle la feligresía de Canta-Piedra.

Gonzalo murmuró enternecido:

— Realmente, señor vizconde, nada me podía agradar más que una oferta tan espontánea, tan. . .

— No hablemos más de esos pobres votos. El hidalgo tiene una admirable vivienda.

Como el vizconde aludiese al deseo, ya en él antiguo, de admirar de cerca la famosa Torre, más vieja que Portugal, bajaron al pomar. El vizconde, con el quitasol al hombro, reconoció (á pesar de ser liberal) el prestigio que emana de un tan alto linaje como el de los Ramires, y elogió sinceramente el narajal. Después, sabiendo que Pereira el de Riosa había arrendado la quinta, envidió al señor Ramires tan cuidadoso y honrado rentero. Delante del portón, esperaba el *char-a-bancs* del vizconde. Gonzalo, abriendo la portezuela, suplicó al señor vizconde que besase en su nombre la mano á la señorita Rosa. Conmovido el vizconde, pidió á Gonzalo que un día, el que él escogiese, se detuviera en Canta-Piedra y comiera en la quinta para conocer más íntimamente á Rosina. . .

— Con mucho gusto. Y desde ahora me propongo enseñar á la señorita Rosa, si ella no lo sabe, el juego de pelota á la antigua portuguesa.

El señor vizconde saludó, sonriente, con la mano sobre el corazón.

Gonzalo, subiendo las escaleras murmuraba: «¡Señores, qué hombre tan simpático, qué hombre tan generoso, que paga rosas con votos! Véase cómo á las veces, por una pequeña atención, se gana un amigo. Esta semana voy á Canta-Piedra á comer. ¡Es un hombre encantador!»

Y en un dichoso estado de alma acomodó en el coche la carpeta de marroquín, con el manuscrito y el cesto sentimental de doña Ana. Encendió un cigarro, subió al pescante y tomó las riendas para lanzar los caballos en un trote alegre hasta Oliveira.

En el Paseo del Rey, antes de apearse, preguntó á Joaquín de la Puerta noticias de los señores.

Los señores todos muy bien, gracias á Dios. El señor José Barrolo partió muy de mañana para la quinta del señor barón de las Marges, y se recogería á la noche. . .

— ¿Y el señor Padre Sueiro?

— El señor Padre Sueiro creo que está en casa de la señora doña Arminda.

— ¿Y la señora doña Gracia?

— La señora doña Gracia bajó hace un poco, de sombrero. . . Naturalmente, iba á la iglesia de las Mónicas.

— Bien, sube ese cesto, ponlo encima de la mesa y que me suban al cuarto agua caliente.

Un reloj de pared en la antesala gemía perezosamente las cinco. El palacete reposaba silencioso, y después del polvo de la carretera parecía más dulce á Gonzalo la frescura de su cuarto, con las cuatro ventanas abiertas sobre el jardín regado y sobre las tapias de las Mónicas. Cuidadosamente guardó el manuscrito en una gaveta de la cómoda. Una criada de ojos repolludos entró con el jarrón del agua caliente, y el hidalgo habló, como siempre, á la moza de los hermosos sargentos de Caballería, cuyo cuartel tentador dominaba el lavadero del palacete y retenía á las muchachas de la casa enjabonando todo el día.

Después, todavía se demoró mudando el terno lleno de polvo y recostado sobre el balcón de la silenciosa calle de las Tecedeiras.

La campana de las Mónicas repicó alegremente, y Gonzalo, fastidiado de su soledad, bajó á la iglesia para sorprender á Graciña en sus devociones.

En el corredor se cruzó con Joaquín de la Puerta:

— ¿Entonces, el señor Barrolo no come hoy aquí?

— El señor Barrolo fué á comer con el señor barón de las Marges en la quinta. Son los años de la hija. Hasta la noche no se recoge.

Gonzalo entretúvose en el jardín componiendo para el ojal un ramo de ligeras flores. Después rodeó la estufa, sonriendo de la puerta

con que Barrolo la enriqueciera, una puerta vidriera en forma de herradura, con un monograma de colores rutilantes, y metióse por una calle cubierta de silencio y de penumbra. Adelante, circundado de bancos de piedra y de árboles aromosos y floridos, cantaba adormecidamente el agua de un estanque redondo, y desde allí se veía, al fondo de la otra calle, que dalias abiertas limitaban, el mirador, una construcción del siglo XVIII simulando un templo griego color de rosa entreabierta, con un grueso Cupido sobre la cúpula y columnas por donde trepaban los jzmineros.

Gonzalo arrancó, como acostumbraba, hojas de lucialima para perfumarse las manos, y continuó lentamente hacia el mirador por entre las dalias apiñadas. Sobre la arena, los zapatos finos pasaban sin rumor; y así, en un silencio de sombra indolente, se acercó al mirador y á una de las ventanas, que, mal cerrada, conservaba cerrida por dentro la persiana verde. Frente á esa ventana estaba la escalera de piedra que desde el jardín comunicaba con la calle de las Tecedeiras, casi enfrente de la capilla de las Mónicas; y Gonzalo bajaba sin prisa, cuando sintió dentro del mirador un susurrante cuchichear. Sonriendo, pensó que alguna de las criadas de la casa se refugia en ese templo del amor con uno de los terribles sargentos de Caballería. . .

Pero no, imposible: momentos antes Graciña

pasó hacia las Mónicas, y entonces otra idea lo atravesó como una espada. Ya, sin embargo, una desesperada curiosidad lo empujaba á colocar la cara en la ventana con la cautela de un espía. El mirador recayera en el silencio. Gonzalo temía que le traicionasen las palpitations de su corazón. ¡Santo Dios, de nuevo el murmurio comenzaba más apresurado, más turbulento! Alguien suplicaba, balbuceaba: «No, no; ¡qué locura!» Alguien urgía impaciente: «¡Sí, mi amor; sí, mi amor!»; y á ambos los reconoció tan claramente como si la persiana se levantase y por ella entrara la vasta claridad del jardín: era Graçia; era Cavalleiro.

Apoderado de una inmensa vergüenza, en el pavor de que lo sorprendiesen allí, marchó por la calle de dalias, y deslizándose subterráneamente por detrás de la estufa, penetró en el sosiego del palacete. Mas el murmurio del mirador envolviólo más desfallecido, más rendido: «No, no; ¡qué locura!» — «¡Sí, sí, mi amor!»

Marchó á través de las salas desiertas como una sombra acosada; bajó ansiosamente por la escalera de piedra, detúvose en el portalón, mirando con miedo á Joaquín de la Puerta. En el paseo se paró ante el reloj de sol. Mas el susurro del mirador erraba por todo el paseo como un viento, rozando las losas, batiendo las barbas de los santos sobre el portal de la iglesia de San Mateo, dominando los tejados musgosos de la

Cordoaria: «No, no; ¡qué locura!» — «¡Sí, sí, mi amor!» Entonces Gonzalo sintió la ansiedad desesperada de escapar lejos, inmensamente lejos del paseo, del palacete, de la ciudad, de toda aquella vergüenza que lo traspasaba. Quería un carruaje; ¿y dónde encontrarlo á aquella hora? Pensó en el alquilador Vaciél, que vivía en la carretera del Seminario, y adosado á los muros bajos de esas calles pobres, corrió y mandó enganchar un carruaje cerrado.

Mientras esperaba á la puerta, pasó un carromato, con muebles, trebejos de cocina y un colchón. Gonzalo recordó el diván del mirador, y de repente el murmurio recommenzó, creció, rodando con fragor de tempestad sobre las casucas vecinas, sobre la tapia del seminario, sobre Oliveira espantada: «No, no; ¡qué locura!» — «Sí, sí, mi amor!»

Gonzalo levantóse.

— ¿No acaban de arreglar ese carruaje?

— En seguida, señor don Gonzalo.

En el reloj de la Piedad daban las siete cuando, cerrando los *stores*, enterróse en el fondo del carruaje, anulado, con la sensación de que el mundo temblaba y las almas más fuertes caían, y su Torre, vieja como el reino, se derrumbaba mostrando dentro un montón de limo y de sayas sucias.